

# NOTAS DE ARTE

## "EL AVARO" DE MOLIÈRE.

¡Cuán admirable es este Molière, que viene con su risa franca y sonora del siglo XVII a rejuvenecer nuestro teatro del siglo XX! ¡Y qué mérito extraordinario el suyo, al haber hecho refr a la vez a los niños y hecho pensar a los filósofos; al haber derramado su alegría loca sobre temas altamente sombríos y trágicos! Tales son las ideas que nos sugiere la representación de "El Avaro", que viene realizando con exitoso esfuerzo Luis Arata, en el Teatro Buenos Aires.

Molière, infatigable observador del alma humana, nos da en "El Avaro", la más tajante y sinuosa autopsia del carácter más universal de cuantos nos ha presentado en sus comedias. Porque la avaricia es un vicio de todas las épocas y de todas las condiciones sociales, y es algo así como el anti-Molière, la contrafigura repulsiva del poeta de la generosidad proverbial.

El nombre del personaje es ya todo un acierto. Recordemos que Harpagón viene del griego "arpazo" (agarrar), e imaginaremos a nuestro hombre con los dedos ganchudos, removiendo ávidamente el oro, tal como nos muestra al avaro el cuadro célebre de Tomás Couture.

De escena en escena Molière va trazando la mueca de su personaje sin olvidar ningún detalle para hacerla perfectamente siniestra. Es la expresión de un viejo que no habla más que de su dinero, no sueña más que con ladrones y sospecha que todos, hasta sus propios hijos, quieren robarle su tesoro.

Padre desnaturalizado, sólo tiene una preocupación con respecto a su hija: deshacerse de ella, casándola sin tener que desatar su bolso para darle dote. Este "sin dote", que Harpagón repite tres veces, como un refrán obstinado, contiene en sí todo el egoísmo feroz de la avaricia. El "sin dote" ciérrale al tenebroso viejo, ojos y oídos a cuantas razones quieran dársele acerca del porvenir y la felicidad de su hija. ¿Y qué decir de aquel momento en que ésta, justificando su amor por Valerio, confiesa que fué quien la salvó de un naufragio, y Harpagón responde: "mejor hubiese valido que te dejase ahogar"?

Es este el ejemplo más patético del extremo a que puede llegar el hombre, cuando su corazón está secado por un vicio.

Enamorado ridículo, Harpagón se erige en rival de su propio hijo. Pero ni el mismo amor le vuelve liberal, y aunque conquistado por la dulzura de Mariana,

el avaro no se casará si la joven no posee algún dinero.

Vecino detestable, anfitrión mezquino, Harpagón quiere tratar a las gentes como a sus pobres caballos quienes, a fuerza de ayunar, ya no son más que pobres fantasmas, sombra de bestias.

Se podría objetar a este pintura que un avaro no debe tener sirvientes, caballos, carruajes. Pero es que Molière, si crea en sus obras tipos universales, no por eso nos da secas abstracciones, (el avaro en sí, el hipócrita en sí, el misántropo en sí), sino seres vivos con toda la complejidad de los mismos. Harpagón no es el símbolo impersonal de la avaricia; no es un pobre avaro solitario que acumula dinero en el fondo de un sótano, sino un hombre perfectamente individualizado. Es un rico burgués y como tal, tiene necesidades, de las que bastante se lamenta. Tiene bestias, no les da de comer; tiene invitados, les hace pasar hambre; tiene hijos, no los viste y quiere casarlos mal por no tener que dotarlos. He ahí el drama.

Harpagón tiene en la obra una especie de doble existencia: una en escena, con el mundo, para desconfiar de todos y pelearse con todos; otra, tras la escena, a solas con su tesoro, para acariciarlo y adorarlo.

Por ende, es terriblemente desgraciado. Vive temblando por su dinero y basta un ladrido del perro para causarle angustias mortales.

Así pintado el personaje, se explica su desesperación al constatar que le han robado un cofrecillo donde guardaba 10.000 francos. El avaro parece enloquecer. Hay que encontrar el tesoro o ahorcarse.

Huelga decir que ya Harpagón no se preocupa más por su casamiento con Mariana. El interés del tesoro anula todos los otros intereses. El cofrecillo es el verdadero amor del avaro, su sangre, sus entrañas.

¿Es verosímil esta locura de Harpagón? Nada es inverosímil en el hombre absorbido por una idea fija, peor aun, dominado por un vicio. Es éste como un vidrio ante los ojos que aumenta un objeto único e impide ver nada fuera de él.

Al final, cuando Cleanto propone a su padre entregarle el cofrecillo a condición de que permita su casamiento con Mariana, es de notar que Harpagón no siente el cinismo del frío negocio que le impone el hijo. Su paternidad no se rebela ante esta insolencia. El avaro no es padre ni para hacerse amar, ni para hacerse respetar. Y una vez recuperado su cofrecillo, sus últimas palabras son para correr hacia el tesoro. Su hijo, que se case con Mariana si así lo desea; con tal de que él no tenga que pagar los gastos de la boda!

Esta concentración definitiva del protagonista en un cofre de escudos de oro, ¿no es acaso la conclusión más verdadera y conmovedora de un drama de la avaricia?

"El Avaro" es la comedia que va más al fondo de las miserias humanas, presentándonos el espectáculo doloroso de una familia, donde se ve en el padre, la pasión más egoísta y en el hijo, la mentira y el robo. Es que Molière quiere mostrar en su obra todo lo que la avaricia hace del corazón, del alma y de la inteligencia de un hombre en sus relaciones con la familia y la sociedad.

Otro autor, con un tema semejante, hubiera hecho temblar. Molière hace reír. He ahí su mérito. En un drama cuyo fondo es esencialmente trágico, Molière hace reír, no del hombre, no del padre, sino del vicio que desnaturaliza al padre y envilece al hombre.

Federica Fedicé